

DE LAS CONCEPCIONES ANTROPOLÓGICAS HISTÓRICAS A UNA MIRADA COMPLEJA DEL HOMBRE.

A la pregunta por el hombre se podría pensar en muchas respuestas porque el hombre, como individuo y como especie se ha visto sujeto a lo largo de la historia a diversos cambios y, por tanto, las ideas que ha ido forjando sobre sí mismo, también.

Max Scheler, con justicia reconocido como uno de los padres de la antropología filosófica, representa un pionero en la sistematización de las ideas de hombre en relación a la historia de occidente desde la Grecia clásica y hasta muy adentrada la modernidad. En su obra “La idea de hombre en la historia”, Scheler desarrolla las cinco grandes concepciones antropológicas que fueron cobrando figura y teniendo mayor preeminencia en los distintos momentos históricos.

CONSIGNAS:

1. Leer grupalmente las distintas concepciones antropológicas.
2. Subrayar de forma individual las ideas que consideres importantes o novedosas.
3. Investigar acerca de la concepción antropológica del propio Max Scheler.
4. Exponer y fundamentar oralmente en los grupos de trabajo la concepción con la que cada uno se sintió más identificado.
5. Registrar las reflexiones grupales.
6. Socializar las producciones de los distintos grupos.

Idea judeo-cristiana

Se basa en la tesis de que existe un dios único y omnipotente. Esta idea carece de importancia filosófica pero tiene mucha importancia histórica, social y cultural.

La *concepción judeo-cristiana del hombre* no es, naturalmente, un producto de la filosofía y la ciencia, sino una idea de la fe religiosa. En lo fundamental esta concepción está expuesta en el *Génesis*. El hombre es una creación, en cuerpo y alma, de un dios personal que lo ha hecho a su imagen y semejanza. Todos los hombres descienden de una pareja primitiva, la integrada por Adán y Eva, quienes vivían en un estado paradisíaco en el cual todo les era dado. Pero el hombre pecó, con el pecado se ha producido la caída, perdiendo el paraíso y con él la inmortalidad y la gracia divina. Según la doctrina cristiana, la redención del ser humano es producida a partir del sacrificio de Cristo, Dios-hombre, y esto significa el restablecimiento de la relación filial con Dios. Según el relato del Génesis, Dios entregó al hombre el dominio del resto de los animales y de la naturaleza, con lo cual el hombre ocupa un lugar privilegiado en la creación, por encima del resto de los vivientes. La historia iría desde la expulsión del Paraíso hasta el día del Juicio Final (idea progresista de Historia).

Esta antropología se prolonga y domina fundamentalmente en la Edad Media, en San Agustín y Santo Tomás, y ya en los tiempos modernos, en Pascal. La razón que había sido considerada por el pensamiento griego como el atributo eminente del hombre, pasa a ser en San Agustín y en el pensamiento cristiano, en general, un instrumento sospechoso que puede llevar al hombre por el camino de la tentación y del pecado. La máxima clásica, “conócete a ti mismo”, entendida como práctica del autoexamen racional, va a ser criticada por esta antropología. En particular Pascal dirá:

Qué será de ti ¡oh hombre!, que buscas cuál es tu condición verdadera valiéndote de la razón natural...conoce, hombre soberbio, qué paradoja eres para ti mismo. Humíllate, razón impotente; calla, naturaleza imbécil... y escucha de tu maestro tu condición verdadera, que tú ignoras. Escucha a Dios.

El homo sapiens o idea griega o racional del hombre:

La *segunda idea clásica sobre el hombre* es un producto de los griegos.

No hay una idea de creación; para los griegos el mundo es eterno. Se supone que hay una totalidad, una especie de “kosmos” que progresivamente ha ido siendo ordenado por la razón. Consiste en considerar al hombre como el *homo sapiens*. La racionalidad separa al hombre del resto de los animales y encumbra al ser humano por encima de toda otra naturaleza. A la especie humana le corresponde un “agente específico” que sólo a ella conviene y que es irreductible a cualquier facultad vegetal o animal. Este agente específico es la razón o *logos*. Mediante esta razón, el hombre puede conocer el ser tal como es en sí (la divinidad, el mundo y él mismo); puede obrar, es decir, guiar su conducta mediante el descubrimiento de normas éticas; y puede hacer, o sea, transformar la naturaleza y producir artefactos, mediante la técnica. El *logos* humano es considerado por algunos filósofos como una parte del *logos* divino, ordenador del mundo; por lo tanto, el hombre es el único ser natural con una chispa divina en su esencia. Esta racionalidad está por encima de los propios instintos. El espíritu humano se opone a la naturaleza, la misma a la que trata de entender, de dominar. La dignidad del hombre se funda en el conocimiento.

Esta idea clásica es la más difundida en la filosofía occidental y, con variantes, va desde Sócrates hasta Hegel, pasando por Platón, Aristóteles, Descartes y Kant.

Cuando Sócrates afirma que una existencia sin examen no merece la pena vivirse, quiere señalar que una vida al margen de la razón no puede ser considerada una vida humana. El examen racional de las cosas y el autoexamen son esenciales al ser humano. De modo semejante, Aristóteles concluirá su *Ética a Nicómaco* afirmando que la auténtica felicidad del hombre reside en la vida del pensamiento, la vida contemplativa, porque en la misma el hombre encuentra su perfección, la realización de su esencia, la virtud suprema.

Aunque esta segunda concepción del hombre parece antagónica de la primera y de hecho lo ha sido, no han faltado intentos de conciliación entre ambas: tal es el caso de Santo Tomás, quien toma elementos de la idea aristotélica del hombre y los incorpora a la concepción cristiana.

El homo faber o idea naturalista del hombre

La *tercera idea acerca del hombre* lo caracteriza a éste como el *homo faber*. Esta idea es sostenida por corrientes naturalistas, empiristas, positivistas, materialistas y pragmáticas y recibió un gran impulso con la teoría de la evolución de Charles Darwin y el desarrollo de la biología como ciencia. Esta doctrina empieza por negar una facultad racional separada, específica en el hombre. No hay entre el hombre y el animal diferencias de esencia; sólo hay diferencias de grado. Hay una sola corriente ininterrumpida de vida. En el hombre, según esta teoría, actúan los mismos elementos, las mismas fuerzas y leyes que en todos los demás seres vivos; sólo que con consecuencias más complejas. El alma, el espíritu han de comprenderse por los instintos y las sensaciones. El hombre es un ser instintivo, un viviente especialmente desarrollado.

El hombre es un animal más, el conocimiento va intercalado en otros procesos.

El hombre está motivado por sus movimientos instintivos, que son el fondo de la conducta humana. Hay 3 instintos fundamentales:

Nutrición: El hombre busca instintivamente nutrirse para sobrevivir. En tal sentido la historia se entiende como un proceso de liberación del hombre que busca sobrevivir. La historia es un mecanismo de liberación de las clases oprimidas.

Reproducción: el hombre quiere perpetuar su especie y liberar sus impulsos sexuales, ya que la historia se los ha reprimido. Un ejemplo es el psicoanálisis de Freud. El hombre está dotado de una estructura psicológica en la que los instintos sexuales son muy fuertes, pero se encuentran reprimidos por la sociedad.

Dominación: se entiende la historia como proceso de represión de los hombres debido a la dominación de unos grupos sobre otros, lo que da lugar a un estado en el que unos tienen el poder político económico.

El espíritu, la razón, no son más que un desarrollo de la llamada “inteligencia técnica”, que ya encontramos en los animales superiores. El conocimiento humano recibe todo su valor de la capacidad para transformar el mundo y su verdad consiste en el éxito de esta transformación. Según estas teorías, el hombre es un animal de señales, es decir, el poseedor de un idioma; o un animal de instrumentos; o un ser cerebral, es decir, que consume mucha más energía en el cerebro que los demás animales. Pero nada de esto es propio o específico del hombre, todo se encuentra en forma más o menos rudimentaria en los animales superiores.

Idea misantrópica o pesimista

Esta idea se coloca en oposición extrema a la creencia común de la antropología vigente hasta el momento en occidente.

El hombre, que en otras concepciones es encumbrado, en ésta es visto como un fracaso de la naturaleza.

De aquí se deriva una concepción de la historia como algo absurdo. La historia es una construcción falsa e ideológica.

Señala Scheler que frente al *homo sapiens* o al *homo faber* progresivos, frente al Adán cristiano e incluso frente al “ser instintivo” que en varios aspectos se encumbra hasta sublimarse en “ser espiritual” aparece una cuarta idea: la de la decadencia del hombre. Esta decadencia está inscrita en la esencia misma del hombre. El hombre es un desertor de la vida, que habiendo exaltado morbosamente el sentimiento de su propio ser, se vale para vivir, de meros sucedáneos (idiomas, herramientas), sustitutivos de las auténticas funciones y actividades vitales capaces de desarrollo.

Theodor Lessing -al decir de Scheller- el diestro publicista de esta teoría sostiene que el hombre es una suerte de simio fiero que poco a poco a enfermado de megalomanía por causa de su así llamado “espíritu”.

Según Alsberg, médico berlinés, el hombre se halla desarmado frente a su mundo circundante y es el menos adaptado a su ambiente entre todos los animales, el cual para sobrevivir ha ido desarrollando instrumentos materiales e inmateriales (idioma, conceptos) a costa de anular sus órganos lo más posible en la lucha por la vida. Así pues la razón no es una fuerza espiritual previa que posibilita dicha anulación sino el acto fundamental de anulación semejante en cierto modo a la “negación de la voluntad de vivir” de Schopenhauer.

El hombre es la vía muerta de toda la vida en general. El espíritu humano, su “ratio”, eso que según Aristóteles, Descartes, Kant, Hegel le convierten en *homo sapiens* y en partícipe de la divinidad, eso que constituye la “cerebralidad” del hombre y el hecho de que una cantidad tan considerable de energía almacenada vaya a consumirse, no para el conjunto total de su organización sino exclusivamente para el cerebro, eso mismo es una enfermedad, una dirección morbosa de la vida universal.

El hombre individual no está enfermo; y aún puede estar muy sano dentro de su organización específica. Pero el hombre mismo es una enfermedad. El hombre podrá pavonearse cuanto quiera y sentirse todo lo importante que le plazca en su historia; podrá envanecerse de haber

producido estados, obras artísticas, ciencia, instrumentos, idiomas, poemas, etcétera..., y vanagloriarse de tener “conciencia” y de no estar, como el animal, en éxtasis ante el mundo. No por ello deja de ser la vía muerta, la enfermedad de la vida.

La cultura es un aparato ortopédico que el hombre ha creado para contrarrestar sus deficiencias como animal.

El pensamiento, contrario a lo que se sostenía hasta el momento, no hace que el hombre se eleve sobre el animal, en nuevas zonas del ser o de los valores, sino que lo hace ser más animal que cualquier animal. En tal sentido elegir libremente no es sino vacilar, es decir no saber adónde ir y para qué ir, cosa que el animal siempre sabe de manera inequívoca e inmediata.

Espíritu y vida aparecen como dos potencias absolutamente antagónicas y hostiles. El “espíritu” se nos ofrece como un parásito metafísico, como el “demonio” que se introduce en la vida y el alma para destruirlas.

La historia humana no es más que el necesario proceso de extinción que se verifica en una especie que nació herida de muerte y que en su origen mismo ha sido un mal paso en la vida.

Las fases de este proceso mortífero por las que atraviesa el hombre son estructuralmente idénticas a las que recorre un ser viviente que envejece y muere.

Algunos de los así denominados “padrinos” por Scheler de lo que él considera este “panromanticismo vitalista” son Schopenhauer, Nietzsche y Bergson.

Idea de superhombre

Mientras que la última concepción desarrollada consideraba al hombre como “el animal que ha enfermado por el espíritu” esta quinta concepción encumbra la conciencia que el hombre tiene de sí mismo a una altura escarpada, soberana y vertiginosa.

El punto de partida emocional de esta teoría es el asco y el rubor doloroso con que Nietzsche caracteriza al hombre “Así habla Zaratustra” y que surge de la comparación de éste con la refulgente figura del superhombre: “*el hombre es al superhombre lo que el mono es al hombre*”¹

Zaratustra profetiza la llegada del superhombre, un ser absolutamente responsable de su destino que se hace cargo gozoso de toda la responsabilidad de su ser y hacer, creador, único capaz de dar sentido a la tierra y a su vida. Esta idea Nietzscheana es recogida y desarrollada por dos filósofos que al decir de Scheler representan los máximos exponentes de esta concepción antropológica: Kerler y Hartmann.

En sus obras se manifiesta un ateísmo nuevo que constituye la base para la nueva idea del hombre, un “*ateísmo postulativo de la seriedad y de la responsabilidad*”² que dice que puede ser que exista algo así como un fundamento del mundo, un *ens a se* (ya sea esta x, teísta o panteísta, racional o irracional) pero nada sabemos. Independientemente de que sepamos o no sepamos de ello, lo decisivo es que no puede ni debe existir Dios para servir de escudo a la responsabilidad, a la libertad y a la misión, en suma al sentido de la existencia humana.

Según Hartmann sólo en un mundo mecánico o por lo menos no construido teleológicamente, tiene posibilidad de existencia un ser moral libre, una “persona”. En un mundo creado por una divinidad, según un plan, o en el que una divinidad aparte del hombre disponga en un sentido o en otro sobre el porvenir, el hombre queda anulado como ser moral.

Toda predeterminación del futuro establecida por otro ser que no sea el hombre, lo anula como tal.

En esta forma de ateísmo la negación de un dios no es sentida como descargo de la responsabilidad ni como disminución de la independencia y libertad del hombre sino por el contrario como la máxima exaltación imaginable de la responsabilidad y soberanía. Fue Nietzsche el primero que pensó y sintió las consecuencias de la frase “Dios ha muerto”: Dios no puede estar muerto a no ser que el superhombre viva. Dice Hartmann: “Los predicados de Dios deben ser referidos al hombre”, pero no a la humanidad sino a la persona que posee el máximo de voluntad responsable, comprensión y fuerza.

¹ Cfr. Nietzsche, Friedrich. *Así habló Zaratustra*. Ed. Orbis. Barcelona. 1982 (1883)

² Scheler, Max. *La idea del hombre y la historia*. Ed. elaleph.com. 2000. Pág. 57

“La muchedumbre de honras, amores, adoraciones, que antaño tributaron los hombres a su Dios y a sus dioses, corresponde a esa especie de personas.”³ En este empeño de introducir en el curso del cosmos un sentido y un valor suficiente el hombre se encuentra solo, no pudiendo apoyarse en esta tarea, en ninguna supuesta divinidad, ni en las ideas de viejas metafísicas deístas como “la evolución”, “la tendencia al progreso del mundo” o de la historia ni en nada que no sea su propio pensamiento y voluntad. La historia que se corresponde con esta antropología se convierte en la historia del contenido espiritual que traen al mundo los héroes y los genios o para decirlo con palabras de Nietzsche, los “supremos ejemplares” de la especie humana.

En síntesis, los rasgos que Scheler atribuye a esta concepción antropológica son: el hombre como forma solitaria en el universo, la autonomía moral y la conciencia de la propia libertad de la persona.

³ Scheler, Max. Ibid. Pág 61

El homo complexus

Al ser humano se le puso la etiqueta de *homo sapiens* y *homo faber*.

El *homo sapiens* se caracteriza por ser un ser racional, lógico, calculador, es decir sumamente estructurado. Efectivamente, es un animal dotado de razón, y que aplica su razón fabricando útiles, y después desarrollando la técnica. El siglo XVIII europeo inventó la noción de *homo oeconomicus*, que completa la definición racional añadiéndole la utilidad y el interés. De este modo *homo faber* y *homo oeconomicus* consagran la apelación controlada de *homo sapiens*. La racionalidad es una disposición mental que suscita un conocimiento objetivo del mundo exterior, elabora estrategias eficaces, efectúa exámenes críticos y opone un principio de realidad al principio del deseo. No obstante esta cualidad no es la única y sobre todo no es la soberana. La especificación *homo sapiens* es insuficiente. Hace del humano un ser que ignora la locura y el delirio, privado de vida afectiva, imaginaria, lúdica, estética, mitológica y religiosa. Por ello, resulta necesario corregir, completar, dialectizar la noción de *homo sapiens*. Los gérmenes de esta locura están agazapados en cada individuo, en cada sociedad; lo que nos diferencia a unos de otros es el mayor o menor dominio, sublimación, disimulo, transformación de nuestra propia locura. La racionalización es la forma de delirio opuesta al delirio de la incoherencia, pero más difícil de descubrir. De este modo *homo* demasiado *sapiens* se convierte, *ipso facto*, en *homo demens*.

La racionalidad no es sino una instancia, concurrente y antagonista, de las otras instancias de una trilogía inseparable. Puede ser dominada, sumergida, incluso sojuzgada, por la afectividad o la pulsión. Los desarreglos delirantes deben ser religados también a la extrema complejidad del cerebro humano: esta complejidad, que hace su virtud, hace también su fragilidad.

Lo que conforma el rasgo de unión entre *homo sapiens* y *homo demens* es la afectividad.

Sabíamos que las pasiones pueden confundir, es preciso saber igualmente que pueden esclarecer. Hay no sólo antagonismo sino complementariedad entre la pasión y la razón.

La realidad humana es el producto de una simbiosis entre lo racional y lo vivido.

Joseph Gabel ha escrito: “lo real no es real más que si está saturado de valores”. Ahora bien, los valores no son valores más que saturados de afectividad. De este modo, nuestra realidad es una co-creación en la que la afectividad aporta su parte. Hay relación a la vez complementaria y antagonista entre nuestras dos fuentes de realidad, la racional y la afectiva. La eliminación de la afectividad quitaría cualquier sustancia a nuestra realidad.

La vida humana necesita la verificación empírica, la corrección lógica, el ejercicio racional de la argumentación. Pero necesita ser alimentada de sensibilidad y de imaginario. La afectividad permite la comunicación cordial en las relaciones de persona a persona; la simpatía y la proyección/identificación en el otro permiten la comprensión.

Existe una jerarquía inestable, permutante, rotativa, entre racionalidad, afectividad y pulsión, y la racionalidad puede ser dominada, sumergida e incluso sojuzgada por la afectividad o la pulsión. La racionalidad no constituye más que uno de los términos de una trinidad, nunca aislada, raramente hegemónica, y a menudo se encuentra sumergida, contaminada, e incluso manipulada. En cambio, la afectividad es omnipresente.

Si *homo* es a la vez *sapiens* y *demens*, afectivo, lúdico, imaginario, poético, prosaico, si es un animal histérico, poseído por sus sueños y sin embargo capaz de objetividad, de cálculo, de racionalidad, es que es *homo complexus*. De este modo si existe efectivamente *homo sapiens*, *faber*, *oeconomicus*, *prosaicus*, también existe, y es lo mismo, el hombre del delirio, el juego, la consumación, lo estético, lo imaginario, la poesía. La bipolaridad *sapiens-demens* expresa en su extremo la bipolaridad existencial de las dos vidas que tejen nuestras vidas, la una seria, utilitaria, prosaica, la otra lúdica, estética, poética.

El ser humano está bipolarizado entre *demens* y *sapiens*. Aún más, *sapiens* está en *demens* y *demens* está en *sapiens*, formando un *yin yang*, conteniendo cada uno al otro. Entre uno y otro, a la vez antagonistas y complementarios, no existe ninguna frontera neta; existen sobre todo las eflorescencias de la afectividad, la estética, la poesía, el mito. Una vida totalmente racional, técnica y utilitaria no sólo sería demente, sino inconcebible. Una vida sin ninguna racionalidad sería imposible. Es la racionalidad lo que permite objetivar al mundo exterior y operar una relación cognitiva práctica y técnica. Hay una relación manifiesta o subterránea entre el psiquismo, la afectividad, la magia, lo imaginario, el mito, la religión, el juego, la consumación, lo estético, la poesía: es la paradoja, la riqueza, la prodigalidad, la infelicidad, la felicidad de *homo sapiens-demens*.

A través de la trilogía de la mente, la afectividad, la pulsión, a través del gran bucle que religa y opone racionalidad, afectividad, imaginario, mito, estética, ludismo, consumación, el ser humano vive su vida de alternancia de prosa y poesía, en la que la privación de poesía es tan fatal como la privación de pan.

“...el siglo XXI deberá abandonar, la visión unilateral que define al hombre por la racionalidad (*homo sapiens*), la técnica (*homo faber*), las actividades utilitarias (*homo economicus*), las necesidades obligatorias (*homo prosaicus*). El ser humano lleva en sí de manera bipolarizada los caracteres antagónicos:

sapiens y demens (racional y delirante)

faber y ludens (trabajador y lúdico)

empiricus e imaginarius (empírico e imaginador)

economicus y consumans (económico y dilapidador)

prosaicus y poeticus (prosaico y poético).”⁴

⁴ Morin, Edgar. *Los siete saberes necesarios para la educación del futuro*. Ed. Nueva Visión. Bs.As. 2002. Pág. 57